

El Necrófilo y la prostituta

Nerea N

El Necrófilo y la prostituta



Capítulo 1

El necrófilo

A las 7:00 de la tarde Vanesa estaba parada frente al hotel Capri, en el corazón de La Habana. Elegante, perfumada y vestida como una princesa. El coche paró y después de escuchar la contraseña que le habían dejado en el correo, subió, sin saber a dónde la llevarían. Solo iba el chófer. Era un Volvo del año anterior, lujoso, amplio y confortable.

— ¿Puedo saber a dónde me llevas?

— A una casa, en una finca que ha alquilado el marqués, en las afueras de la ciudad. Y el coche arrancó.

Según el cálculo de Vanesa, el coche habría recorrido uno 50 km. Había dado muchas vueltas, probablemente para confundirla. Ella no conocía al dedillo toda la ciudad. De hecho, había muchísimos lugares por donde ni siquiera jamás había pasado.

Si de algo estaba segura, era que habían salido fuera de la zona central. Sin embargo, no tenía idea si se habían dirigido al este o al oeste. Después de casi una hora de viaje, dando vueltas y más vueltas, el coche enfiló por un camino rústico, muy largo y con árboles a ambos lados. Finalmente aparcó.

Cerraron una gran verja tras ellos. El chofer se bajó e hizo señas a Vanesa para que también lo hiciera. Era una casa de campo grande y antigua, pero muy bien cuidada. El exterior estaba rodeado de un inmenso jardín.

Enseguida una chica, que parecía ser la sirvienta salió y se dirigió a ella, haciéndole señas para que entrara. Ella sintió como el coche se alejaba. Le indicaron que se sentara en el amplísimo salón.

—El marqués la recibirá en una hora. ¿Desea tomar algo? —le dijo la empleada.

—No, gracias. Estoy bien.

—Primero debes pasar al salón de maquillaje. ¿Estás lista?

—Sí, por supuesto—. Y siguió a la muchacha.

Enseguida entraron a una habitación donde había una camilla, igual a las que utilizan para hacer autopsias. Allí estaba otra chica. La recibió con una sonrisa, mientras la sirvienta se retiraba. Aunque no conocía detalles

minuciosos, Vanesa sabía que al cliente le iba la necrofilia, aunque esta fuera simulada. Aun así, no tenía idea de hasta dónde podía llegar aquel vicioso retorcido.

—Soy la maquilladora. No tengas miedo que esto es solo para corresponder a las fantasías del marqués. Creo que sabes lo que a él le gusta. Tendré que maquillarte como a un cadáver.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo muy seria.

—Nada, lo que tienes que hacer es justo eso: nada. Actúa como si estuvieras muerta. Una vez que te haya maquillado y te lleve a la habitación del marqués no debes moverte. Trata de respirar lo más discretamente que puedas. No abras los ojos ni muevas ninguna parte de tu cuerpo. ¿Está claro?

—Sí, está claro.

—Ahora tienes que desnudarte y darme todas tus cosas, incluido el móvil, por supuesto. Se te devolverá todo mañana, cuando te vayas.

—¿Puedo ir al baño? Es que me estoy haciendo pis.

—Claro. Es por allí— dijo la maquilladora señalando una puerta dentro de la misma estancia.

Vanesa había llevado además de su móvil, otro móvil diminuto. Era tan pequeño que casi cabía dentro de la palma de la mano cerrada. Entró al baño, se bajó el tanga y se introdujo el celular en la vagina. Lo presionó lo más profundo que pudo y se volvió a poner el tanga. Entonces salió.

—Desnúdate y acuéstate en la camilla —dijo la chica—. Comenzó a desnudarse. ¿El tanga también? — preguntó haciendo una mueca, como pidiendo clemencia.

—De momento quédatelo, pero cuando estés lista tienes que quitártelo. —dijo con cierta prisa—. Respiró aliviada.

Después de una hora de trabajo, la maquilladora le dijo: —Ahora te quitaré la braguita, para terminar de “amortajarte”.

Por suerte no le pidió que abriera las piernas. Vanesa apretaba su parte más íntima como nunca lo había hecho en la vida. La chica la envolvió en una sábana blanca. Le pidió que pusiera sus manos cruzadas sobre el vientre, como los muertos. Entonces llamó a la otra empleada.

—Tengo entendido que tu jefa te explicó que al marqués le gusta estar con chicas maquilladas como si estuvieran muertas. Ya sabes también

que por ello te han maquillado así. Ahora, lo segundo, y espero que no tengas miedo porque se paga muy bien este servicio y habrá que sacrificarse un poco. Te meteremos en un ataúd enseguida.

—¿Qué? — dijo abriendo los ojos en señal de extrañeza.

—¿No te lo dijo la chica con la que se coordina todo esto? —preguntó, ignorando que era ella misma. Además, lo único que tienes que hacer es fingir que estás muerta. Ponte rígida y sobre todo no abras los ojos. Fíjate que los hombres que contratan el servicio que ustedes prestan, normalmente quieren chicas activas, pícaras, guarras, que sepan mover bien las caderas. El marqués no. Tú trata de no moverte siquiera.

—Sí, algo me dijo. ¿Qué me va a hacer él? —preguntó nerviosa.

—Templarte querida —follarte—, eso es lo que hará, pero a su manera. Trata de no hablar, no abrir los ojos y sobre todo no moverte ni quejarte. Generalmente él te sacará del ataúd, te podrá en la cama y allí te lo hará. Tú déjate llevar, como si de verdad estuvieras muerta. Como te decía, rígida, pero cuando te abra las piernas, no ofrezcas mucha resistencia...ja. ja...—rio la maquilladora—. Tal vez después te vuelva a colocar dentro, hasta que le entren ganas de hacerlo otra vez. No sé mucho más. Lo que te he contado me lo han dicho chicas que han estado con él.

Ambas mujeres condujeron la camilla de ruedas a una habitación contigua. Vanesa estaba muy impresionada.

—Discúlpanos un segundo—dijo una de las chicas tirando del brazo de la otra y llevándosela al otro extremo. Vanesa estuvo atenta, pero no logró escuchar nada. En determinado momento la más alta trató de coger algo que tenía la otra chica en la mano y acabó cayendo al suelo. Sintió como un cristal que se rompía. Aun así, ella no pudo percatarse de lo que estaba sucediendo.

Era un dormitorio con paredes forradas de tela gris. Una cama, dos mesitas de noche y al lado un ataúd color caoba, finamente barnizado. En cada esquina del féretro había un candelabro plateado, de metro y medio, aproximadamente. Cuatro velas encendidas iluminaban tenuemente la habitación. Vio como abrían la tapa.

—No te muevas, nosotros te pondremos dentro. Cerraremos la tapa unos segundos antes de que venga el marqués, pero debajo hay un agujerito para que puedas respirar. —Ambas introdujeron a la joven en la caja y la acomodaron—. No te muevas que vamos a avisarle —le dijo la maquilladora.

Además de todo el mal rollo que aquello inspiraba, Vanesa pensó en el pequeño móvil que tenía dentro. Tenía que sacárselo o habría problemas

serios con el caballero cuando intentara penetrarla. Aprovechando que las chicas habían ido a avisarle, flexionó las piernas, y las abrió. Bajó la mano, se introdujo los dedos índice y pulgar en la vagina y logró sacárselo. Lo escondió debajo de la almohadilla y se volvió a acomodar.

—Ya viene el caballero—dijo una de ellas, que se acercó y cerró la tapa—nosotras nos vamos.

Vanesa sintió que una densa oscuridad la rodeaba. El miedo se iba apoderando de ella poco a poco, hasta que no pudo siquiera mover un músculo. Pasaron unos minutos que le parecieron una eternidad.

Entonces sintió que abrieron la puerta.

Capítulo 2

Sexo en el ataúd

Comenzaron a escucharse las notas de un órgano, que tocaba un réquiem, aunque no pudo identificarlo. Vanesa rápidamente se percató de que el hombre no había venido solo. Afinó el oído y pudo escuchar la conversación, desde dentro, a pesar del acento francés.

Mi querido Freddy —dijo el caballero en tono solemne— te he traído hasta aquí para que presencies un acto que quedará grabado para siempre en tu memoria. Me verás tener sexo con una chica muerta.

— ¿Muerta de verdad? —dijo el chico aterrorizado.

—Oui, oui, monsieur. Le he dado órdenes a mi empleada para que le administre una inyección letal, y por lo que puedo deducir ya ha fallecido.

Entonces Vanesa lo entendió todo, desde el interior del ataúd. El bulbo o ampolla con la mortífera inyección se había caído, y las dos chicas discutían por ello. En realidad, aquel hombre era tan cruel como le habían dicho aquel día en la cafetería de la playa.

—Prefiero una chica guapa y limpia —prosiguió aquel demente— a tener que mandar a robar un cadáver de una morgue, o tener que ir yo mismo al cementerio. Tendría que esperar a que mi contacto allí me avise que han enterrado a una chica joven y guapa. Después esperar a la noche siguiente. Es muy riesgoso.

Como verás no tiene rigor mortis todavía, si acaso muy poco, pero a medida que pasen las horas se pondrá muy rígida y tal vez tengas tú que ayudarme, mi querido amigo, para poder consumir el acto. Cuando la mañana llegue, tal vez hasta te deje poseerla —dijo mientras se quitaba la chaqueta.

Señor marqués —dijo la voz del adolescente, que, por su acento, sin dudas era cubano—, yo puedo esperar afuera. Con todo respeto, creo que usted ha consumido el doble de drogas que de costumbre.

—Silencio —gritó enojado—, sabes que no me gusta que me contradigan. De ninguna manera te irás. Tú te quedas. Siéntate en aquella esquina. El butacón es muy cómodo. Desde ahí podrás verlo todo.

—¿Y qué va a hacer cuando descubran que usted ha mandado a matar a

esta chica, Monsieur?

—No lo descubrirán, porque todo ha sido perfectamente planeado. Mañana a la 1:00 de la tarde sale mi vuelo hacia París y no tengo planes de regresar nunca más a Cuba. Sobre las 5:00 de la madrugada vendrá un amigo a buscar el cuerpo.

Al oír aquello el corazón de Vanesa se hundió. Tenía que salir de allí, pero tendría que ser en el momento exacto, o la matarían sin dudar.

El joven se sentó. Su cara reflejaba gran disgusto y preocupación, pero por alguna razón, no podía negarse.

Entonces abrió la tapa lentamente. Dos fuertes brazos la sacaron del ataúd y la acostaron en la cama, envuelta en aquella mortaja, blanca como la nieve. Solo la cara estaba descubierta

El francés sacó del bolsillo de su saco un revolver, lo puso sobre la mesita de noche y comenzó a desnudarse. Ella lo había visto, entreabriendo uno de sus ojos, con gran precaución.

—Ahora acércate Freddy. Voy a quitar la sábana. Ven y contempla qué cadáver más hermoso tenemos aquí.

—Gracias, pero prefiero quedarme aquí.

—Tú te lo pierdes —dijo con aquel tono refinado.

El marqués quitó la sábana que envolvía a la chica. Perfectamente maquillada, y sin moverse, parecía una muerta. De hecho, él creía que lo estaba. Después de contemplarla, se acostó encima de ella, abriéndole las piernas. Estaba muy drogado. Demasiado como para darse cuenta de que estaba viva, y de que respiraba.

Todavía está caliente querido garçon —jovenzuelo—. No sé si esperar a que se enfríe. El asunto es que tengo muchas ganas, así que, como decimos en francés: "allons baiser" o "vamos a follar ya". Acomodó su miembro y la penetró en seco. Vanesa tuvo que esforzarse mucho para no hacer una mueca de dolor. Le levantó los brazos y ella los dejó caer. Parecía una marioneta cuando le sueltan los hilos que la manejan. Le levantó un poco la cabeza y la soltó. Ella la dejó caer hacia atrás. Continuó penetrándola y por suerte se corrió enseguida. Entonces la volvió a cubrir y la introdujo de nuevo en el féretro, aunque esta vez no cerró la tapa.

Estaba desesperada. Tenía que escapar de allí de alguna manera. Aquel hombre estaba fuera de sí por los efectos de la droga y por si fuera poco

tenía un revólver. Por suerte, el móvil continuaba en el mismo sitio.

Aunque desde dentro no podía ver, se mantenía atenta. Durante varias horas, el marqués estuvo bebiendo y drogándose. Le contaba al chico que había estado con dos prostitutas, maquilladas como cadáveres, pero que ya sentía la necesidad de un cadáver real, y por eso había pagado una fortuna a las maquilladoras para que le pusieran una dosis de Fentanilo, tan alta que no fuera compatible con la vida. El chico continuaba allí, y por el tono de su voz, parecía sobrio.

Cerca de las tres de la madrugada, volvió a acercarse a la caja. Ahora verás Freddy—dijo con su marcado acento francés, mientras se metía dentro.

Vanesa se puso rígida. — Ya está tiesa, casi no puedo abrirle las piernas—. Entonces ella aflojó un poco y finalmente logró abrírsele, y meterse dentro de sus muslos. Intentó metérsela, pero el pene estaba flácido. Trató de avivarlo, restregándoselo, pero no lo logró. Estaba muy drogado. A duras penas pudo salir del féretro y tumbarse en la cama. Enseguida comenzó a roncar.

Desde la caja de muerto, Vanesa comenzó a escuchar un segundo ronquido. El chico también estaba durmiendo. Era el momento de intentar escapar. Si no lo hacía, moriría, enterrada viva.

Capítulo 3

Escapar o morir

Lentamente se incorporó y vio que ambos dormían. Se jugaba la vida, pero no tenía otra opción. Lentamente salió del ataúd, sin hacer nada de ruido. Estaba completamente desnuda. Se acercó a la puerta, pero estaba cerrada con llave. Probablemente estarían dentro del pantalón del francés. El suelo alfombrado le ayudaba a desplazarse silenciosamente. Recordó que el móvil estaba dentro de la caja. Regresó y lo cogió. Necesitaría las manos libres. Abrió las piernas, se echó hacia delante y se lo volvió a introducir en la vagina. Tenía que tenerlo consigo si algo pasaba.

El revolver continuaba encima de la mesita de noche. Se acercó hasta ella. El francés se movió. Ella se agachó. Esperó un momento y sin quitar la vista de ambos, estiró el brazo cuanto pudo y logró apoderarse del arma. Nunca había disparado. No sabía usarla, pero el solo hecho de tenerla en la mano ya le daba ventaja. Se puso en pie y miró alrededor, pero las llaves no aparecían. Don Sade estaba casi desnudo, y el chico vestido, acostado junto a él sobre la inmensa cama. Casi en el centro del cabecero, estaba colgado el pantalón. Posiblemente estaban allí, pero no podía arriesgarse a subirse y meterse en medio de ellos. Los ronquidos del francés eran intensos, señal de un sueño muy profundo. Se detuvo un momento a pensar. Desde el lado del francés no llegaba. Se fue hasta el lado del muchacho e intentó alargar el brazo derecho por encima de él. En la mano izquierda ella llevaba el revolver.

—Ya casi lo tengo —pensó, y se estiró un poco más. Faltaban unos diez centímetros para agarrarlo. A pesar de su agilidad, no podía estirarse más—. Vamos Vanesa, otro intento —se repitió para sí. Sus pies en la alfombra y su cuerpo casi completamente encima del chico, intentando no rozarlo. Logró tocar la tela y finalmente agarró el pantalón. Cuando lo atrajo hacia ella, las llaves cayeron encima del joven. Medio dormido, intentó incorporarse y la vio. Justo cuando iba a gritar, ella le sujetó el cuello con una de las tantas llaves de inmovilización que había aprendido a través de años de práctica de kárate y taekwondo. Su antebrazo izquierdo tiraba de su cuello hacia arriba, desde atrás, mientras el otro brazo, que le había pasado por detrás de la nuca, lo presionaba firmemente. Había colocado el revólver al lado de su pie derecho, en el suelo.

—Escúchame —le dijo muy bajito, pero con voz firme— no estoy muerta ni he resucitado. Soy una puta que este loco mandó a llamar. Necesito que me ayudes. Tengo la pistola y además si quisiera, ahora mismo te

rompía el cuello, pero no voy a hacerte daño.

El chico asintió en señal de rendición.

—Ahora vas a salir conmigo. Trata de cooperar y no trates de avisar a este psicópata—. Soltó una de las manos que lo presionaban y bajó la otra hacia la alfombra y recogió el arma.

—Coge esas llaves que han caído entre tus piernas y ábreme la puerta —dijo apuntándole.

—Tranquila —susurró el chaval—. Sin hacer ruido, se levantó y caminó delante de ella, hasta que abrió la puerta. Ambos salieron.

—Ahora ciérrala con llave —le ordenó detrás de él—. Y así lo hizo.

Vanesa miró a su alrededor, tratando de encontrar la camilla donde la habían maquillado, en la cual supuestamente estaría su ropa y su bolso, pero allí no había nada. Solo un sofá y detrás una ventana cubierta en parte por unas cortinas. Le ordenó al chico que se sentara, mientras seguía apuntándole a la cabeza.

—Por favor, deja de apuntarme, que eso se va a disparar. Yo voy a hacer lo que me pidas. Si hasta me alegro que estés viva. Pensé que ese loco te había matado de verdad.

El chaval aparentaba dieciséis o diecisiete años. Era rubio y delgado. Laura se alejó unos pasos. —¿Dónde estamos? —le preguntó.

—Esto es una finca en Punta Brava, dentro de la misma provincia de la Habana. Afuera hay un coche aparcado, pero yo no sé conducir.

—¿Te sabes el camino? —le dijo, mientras le apuntaba, ahora a las piernas.

—Sí, sé cómo llegar a la ciudad sin problemas. Oye ... ¿te has dado cuenta que estás desnuda?

—Ella lo ignoró. —Ve delante de mí y llévame al carro de Sade.

Pasaron varias puertas y finalmente salieron a un amplio portal.

—Abre la puerta —le dijo señalando a las llaves—. El chico abrió.

—Siéntate como si fueras el chófer y arráncalo.

—Sé arrancarlo, pero nunca he conducido. Metió las llaves y las giró. El

motor hizo un ruido sordo. Repitió varias veces.

—Coño ...esto no tiene gasolina ... —le dijo.

—Mierda —dijo alterada—. ¿Tienes móvil?

—No, Sade no me deja traer el móvil cuando quiere que lo acompañe para estar con chicas.

Sin dejar de apuntarle, Vanesa se inclinó y se sacó el móvil de la vagina. Al chico se le salían los ojos de asombro. Marcó un número. Sonó un largo timbre. Al final, una voz de alguien que había estado durmiendo respondió:

—¿Qué pasa Vanesa?

—Alquila un carro y ven a donde te voy a decir lo antes posible. No puedo explicarte ahora —Miró a los ojos al chico, el cual le recitó la dirección—. Si no vienes cuanto antes, me van a matar. Y trae una sábana, por favor.

—No te preocupes. Estoy saliendo. —Y colgó.

Vanesa se sentó en la parte trasera del coche. Empezaba a tener frío.

—Ahora vamos a esperar y a conversar, —le dijo, mientras le ordenó que se quedara en el asiento del chófer—. Háblame de ese psicópata.

—¿Prometes no hacerme daño? —le preguntó un poco más relajado—, es que entre las locuras de Sade, la pistola con la que me estás apuntando, la llave que me metiste para inmovilizarme y tú desnuda delante de mí, es como para no poder concentrarse. Son muchas emociones.

—Está bien, no te apuntaré más, pero no intentes nada, porque cuando estudié artes marciales, me enseñaron 102 formas de inmovilizar a alguien usando el cuello, y tengo el tuyo a mano—le dijo en tono firme.

—Vale, vale ... —respondió el muchacho—. Si quieres te dejo mi camisa, para que te cubras —pero ella prefirió no correr riesgos—. Mira, Sade estuvo hace tiempo con mi madre, pero después se separaron. Cuando aquello, él no estaba tan loco, aunque se drogaba a veces. Después él siguió visitando la casa, cada vez que venía a Cuba. Siempre me preguntaba si yo había estado con chicas. Nunca me creía y se encaprichó en que a mí no me gustaban las mujeres. Desde entonces, cada vez que viene, me lleva con él para que yo mire, cuando está con alguna chica. A mí no me gusta venir, pero él nos regala 100 euros si lo acompaño, y es una forma de ayudar en la casa. Sin embargo, en lo de

hoy se pasó. Yo pensé que estabas muerta, y él también.

—¿Y qué iban a hacer conmigo? —dijo intrigada.

—¿Contigo? ... Pues no tengo ni idea.

Miró el móvil. Eran casi las cinco de la madrugada. Entonces se le ocurrió algo.

—Bájate y abre el maletero del coche—. El joven obedeció. Allí había una garrafa llena de gasolina que dio casi para llenar el tanque. Intentó arrancarlo nuevamente y esta vez no hubo ningún problema, pero el chico no sabía conducir, y ella no sabía el camino. Frank, el joven con el que había hablado por teléfono no tardaría mucho en llegar. Además, estaba desnuda.

Miró el móvil otra vez. Entre una cosa y otra ya pasaban las 5:00 de la mañana. Vanesa salió del coche, e intentó mirar hacia el camino. Todo estaba muy oscuro. Sintió al chico saliendo del coche. Volvió a apuntarle.

—Para, no vayas a dispararme. Te voy a decir la verdad. Te voy a decir lo que Sade te iba a hacer —le dijo alzando la voz.

—Entra al coche y pon las manos en el timón. —Ella se acercó. No te muevas y habla.

—Mira, el vuelo de él sale mañana al mediodía. No va a regresar más a Cuba Parece que habló con un sepulturero, para que venga sobre las 5:00 de la mañana a buscarte en una furgoneta, y enterrarte en el cementerio. —A Vanesa se le pusieron los pelos de punta—. La verdad es que debe estar al llegar, porque tiene que hacer el trabajo antes de que amanezca. Sin embargo, yo creo que puedo ayudarte.

—¿Cómo?

—No sigas esperando por el que llamaste, porque él sepulturero va allegar primero. Si sabes conducir, coge el carro y piérdete de aquí. Primero sigue adelante por este camino, cuando se acabe, tira a la derecha por la carretera que vas a encontrar. No hay tráfico a esta hora. Te puedo dejar mi camisa para que te la pongas. Sigue recto y encontrarás un pueblo. Allí pregunta cómo se llega al lugar donde vives.

—¿Y qué va a pasar con el sepulturero y con Sade?

—Sade debe estar en el quinto sueño, con todo el alcohol y la droga que se ha metido. Cuando se despierte no se acordará de mucho. Yo le diré que el hombre vino y te llevó. Cuando se dé cuenta que mató una chica y

la mandó a enterrar, yo te aseguro que con más razón, ése a Cuba no vuelve jamás.

—¿Y el ataúd?

—Eso es del marqués. El plan era llevarte a ti, y ya en el cementerio el sepulturero se ocuparía de encontrar una caja y meterte en una tumba.

—¿Y las chicas que me maquillaron?

—No te preocupes, que son muchachas que alquila para que hagan ese trabajo y nunca más las vuelve a ver.

—¿Y el puñetero sepulturero? —dijo Laura temblando.

—Yo me encargo de eso. Cuando venga le digo que al final no vino la chica y que el marqués está durmiendo. Le doy 20 dólares y él se va contento. Mañana a esta hora ya Sade estará en Francia.

—Quítate la camisa, déjala en el asiento y sal del coche. Camina hacia allá, hasta que yo te diga—dijo apuntándole.

El chico obedeció. Cuando estaba a unos 20 metros de ella, entró al coche, se puso la camisa de él y arrancó el motor. Metió el pie hasta el fondo en el embrague, puso la primera velocidad, y lo fue sacando lentamente, a medida que apretaba suavemente el acelerador. Giró el timón y el carro comenzó a andar.

—Oye, ¿y tú como me vas a pagar lo que estoy haciendo por ti? Me estoy jugando la vida.

Vanesa le lanzó el pequeño teléfono.

—Anótame tu número rápido. —dijo mientras volvía a apuntarle. Con la rapidez que da la juventud, movió los dedos sobre el pequeño móvil, escribiendo su número y se lo lanzó a Laura—. Si en vez de devolverme los 20 dólares, me pagas con sexo, yo quedo conforme —sonrió.

—No te preocupes, que yo te pagaré, pero será más adelante —le dijo guiñándole un ojo.

Al final, si no hubiera sido por él la hubieran matado. Y enfiló hacia el camino.

Las luces iluminaban el sendero desierto, rodeado de árboles a ambos lados. ¿Qué podría hacer cuándo saliera a la carretera? Solo llevaba puesta la camisa. Para abajo estaba completamente desnuda, ni el tanga, siquiera. Iba a unos 15 km por hora. No se atrevía a mucho más por

aquel camino, desconocido y lleno de baches. Abrió la guantera y encontró una gorra y un par de gafas. Se las puso al instante. Además, había un sobre lleno de dinero. Lo guardó con ella. No sabía cuánto había allí, pero lo que le había costado casi la vida, no podía salir gratis. Entonces sintió el ruido de otro coche. No sabía si acelerar, o frenar. Tal vez era Frank que venía a buscarla. Era una furgoneta. Lentamente se fue acercando, hasta que pudo divisar al chófer. Venía solo. No podía ser nada relacionado con el chico al que había llamado para que viniera, porque él no sabía conducir. Sin embargo, aquel rostro, a pesar de la oscuridad, le resultaba conocido. Aceleró. Lo bueno de aquel camino era que, al ser tan estrecho, no podrían girarse fácilmente, en caso de que quisieran seguirla. El hombre continuó.

Llamó otra vez a Frank, quien por suerte estaba llegando. Justo al final del camino, cuando se presentaba la carretera, entraba un viejo Chevrolet de los años cincuenta.

Aminoró más la marcha, sacó la cabeza por la ventanilla y le dijo:

—Soy yo, Frank. Acércate aquí. Entonces ambos detuvieron los carros y salieron. Vanesa se abrazó a él. —¿Me has traído algo para taparme? —le dijo.

—Sí, pero vamos, entra.

Y con mucho trabajo, giró y se marcharon, dejando el coche de Sade a la orilla del camino. Ella se envolvió en la sábana que había pedido y se acurrucó lo mejor que pudo. Poco más de media hora después, llegaron al apartamento del Vedado.

Mil gracias Frank— le dijo ella. En cuanto me recupere te cuento todo. Y te debo una, de las grandes.

Le tiró un beso con la mano y subió las escaleras. Todavía no había amanecido. Cuando entró al piso, se tiró en el sofá, envuelta en la sábana y con el corazón todavía latiéndole a mil por hora. Abrió el sobre y contó el dinero. Eran cinco mil dólares.

Al menos todo aquello, no había sido en vano.